

Arroja luego su ceniza al viento,
y cuando todo se haya consumido
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —
renacerá tu sueño del olvido,
inmemore de todo lo pasado!

LA CIUDAD MALDITA



I

Vi una noche de angustia y de misterio
que lo que dentro de mi alma había
en incendiaria dispersión huía
hasta dejarla como un cementerio.

Y arrastrado por impetus oscuros,
por el contagio trágico del miedo,
yo también escapé, rezando el Credo,
saltando ciego por sus rotos muros.

Y me encontré de pronto taciturno,
pisoteada la sangrienta veste,
en la inquieta avalancha de basalto

del desgredado pánico nocturno
de una ciudad que huye de la Peste
ó de las pesadillas de un asalto.

II

Pasaron junto á mí, en el delirio
de los apocalípticos degüellos,
vírgenes, humeantes los cabellos
como vivas antorchas de martirio;

semblantes fugitivos y atezados
partidos por sangrientas cicatrices;
ancianos retorcidos cual raíces,
con los ojos de horror desencajados;

niños con la cabeza chamuscada...
Y todo entre un horrísono concierto
de gritos, de blasfemias y oraciones...

Y alguna madre loca y desgrediada
que lactando acercaba á su hijo muerto
las llagas de sus flácidos pezones.

III

Y aquel ronco y terrible vocerío
se apagó en los silencios de lo arcano,
como se pierde el clamoroso río
en la profundidad del Océano.

Y hundiendo en las tinieblas la mirada,
cuando todo rumor se hubo extinguido,
regresé á la ciudad abandonada
sordo de espanto y de terror rendido.

Los que altivos palacios fueron antes
eran tan sólo ruinas humeantes...
Al peso del dolor doblé los hombros,

y recordando sus gloriosos días
resucité, llorando, en sus escombros
la sombra tumular de Jeremías!

